

NECROLÓGICA DE LA EXCMA. SRA. D^a PILAR PAZ PASAMAR

POR MARÍA DEL CARMEN CÓZAR NAVARRO

Parece que fue ayer cuando conocí a la Excelentísima Sra. D^a Pilar Paz Passamar, fue en el 2000, año de mi ingreso en la Real Academia Hispanoamericana de Cádiz. Me convocaron a una Junta General y acudí con cierta inquietud porque os confieso que todavía por aquel entonces no sabía yo a ciencia cierta que era una Academia. Tomé asiento junto a los ilustres académicos, hombres y mujeres de gran talla intelectual, D. Eduardo de Ory, D. Alberto Orte Lledó, D. Antonio de La Banda, D. José Ponce, D. José Gómez. Me sentía algo cohibida ante tanta sabiduría... y, de pronto, la vi, vi sus grandes ojos negros mirándome con dulzura, vi su amable rostro que me sonreía, era Pilar Paz Pasamar, la Gran Señora de las letras, la poetisa de la Hispanoamericana, la que me daba la bienvenida, y, de pronto, comencé a sentirme bien.

Y fue Pilar quién me enseñó lo que es la Academia y lo que es ser académico. Supe, por ejemplo, que fue D. José María Pemán, a la sazón Director de la Hispanoamericana, conecedor de su obra, quién la invitó a formar parte de la corporación americanista. Pilar tiene 33 años, el insigne escritor sabía todo lo que la joven escritora podía aportar al mundo de la cultura, al mundo de las academias, estaba convencido de que la Biblioteca ameri-

canista se enriquecería muy pronto con sus obras, como así fue porque Pilar contaba ya con una brillante trayectoria académica.

La escuchaba embelesada cuando me contaba que su vocación literaria había nacido en el seno de su familia. Desde la más tierna infancia empezó a vivir entre versos y poemas, arrullada con las bellas baladas que su madre, cantante de arias y opera, le dedicaba. Pilar aprendió a ver el mundo a través de la bondad de sus padres, mientras su madre le trasmitía la música del verso, le enseñaba a recitar, su padre la ayudaba a apreciar a los grandes clásicos de la literatura española, a la vez que le daba a conocer las letras del cante hondo.

Sonreía Pilar cuando me comentaba que siendo muy pequeña descubrió que las palabras tenían una ley, que seguían la medida, el orden, una armonía especial, y que muy pronto se decidió a escribir. Con tan sólo doce años, inauguraba una columna fija de opinión en el jerezano diario *Ayer*; será el punto de partida, el comienzo de una fecunda actividad literaria que proseguirá sin solución de continuidad con la publicación de poemas, relatos y artículos en el *ABC* de Madrid, *Diario de Cádiz*, de Jerez.

Fue una suerte para Pilar que en 1949, sus padres trasladarán el domicilio familiar a Madrid. Tras cursar el bachillerato en el colegio de las carmelitas, comenzó a estudiar Filosofía y Letras en la Universidad Complutense. Entre sus profesores figuraban Gerardo Diego, Dámaso Alonso y el maestro Joaquín Rodrigo, a cuyas clases asistía como oyente. Son años de tertulias en el café Gijón, frecuentado también por Miguel Delibes, Carmen Laforet y Ana María Matute, entre otros. La casa paterna de la calle Nicasio Gallego se convierte así en refugio para jóvenes escritores como su buen amigo Fernando Quiñones. Pilar acude a los encuentros literarios que se celebran en el Instituto de Cooperación Iberoamericana, conoce a Ernesto Cardenal, a Mario Cajina-Vega, Edmundo de Ory autores hispanoamericanos, con los que mantendrá una importante correspondencia. Al calor de estas vivencias escribe *Mara*, su primer libro, publicado en 1951 con un elogioso prólogo de Carmen Conde. Pilar Paz contaba con 18 años, y el poemario despertó una gran expectación en el ámbito poético de la época, Vicente Alexandre, Juan Ramón Jiménez quién tras leerlo comenta “Hay una muchacha, Pilar Paz Pasamar

que ha escrito un poema excelente y magnífico sobre Dios. Entre los jóvenes poetas encuentro de vez en cuando cosas excelentes. El poema es una joya, esa niña es genial...”

Porque la transcendencia está presente en la obra de Pilar desde el primer momento, es el hilo conductor de su producción literaria. Esa búsqueda empieza desde pequeña a través de realidades poéticas y lenguaje propio; es una búsqueda, un camino, es, en definitiva, la felicidad de saber que esta vida no es el final... Por eso, pienso yo que su poesía es alegre y esperanzadora, *Dulce oro Viejo*, *Los niños Interiores* y en tantas otras. Carmen Conde en el prólogo de *Mara* decía:

¿De dónde viene esta muchacha? Ha llegado a mí como si saliera de un grupo de amigas que aún cantan al amor en mi memoria. Ha preguntado por las cosas que para los poetas son ley y ha escuchado reverente lo que se le contestaba desde la ley. Ha dicho sus poemas como si lo respirara, y ha puesto su vida en afirmarse esclava de la gracia. Para ella no hay nada mejor que ser poeta que leer poesía y delante de su fe nueva, con vaho de cuenco materno, yo he reafirmado la mía milenaria.

Gracias a este libro se establece un vínculo enriquecedor entre ella y Juan Ramón Jiménez, exiliado en Puerto Rico. Al mismo tiempo, y a través de Paz Pasamar, el grupo gaditano Platero entra en relación con el poeta de Moguer. Éste le escribe a su casa de Nicasio Gallego, de modo que de Madrid a Cádiz y hasta Puerto Rico se articula una estrecha relación entre el maestro y los jóvenes poetas. En esos años de 1951 a 1954 se funda la revista *Platero* en la que colaboran Fernando Quiñones, José Manuel Caballero Bonald, Julio Mariscal, Serafín Pro, Felipe Sordo Lamadrid. Pilar contribuye con la publicación de la correspondencia mantenida con Juan Ramón Jiménez.

...gracias querida Pilar de veinte años, por tanto regalo como me mandas en tus preciosas cartas. Gracias por la encantadora canción para Antonia, por todo lo que el artículo de la excursión a Moguer supone... Ahora estaré siempre al lado de ustedes y a

tu lado, porque tú estás sola de tu grupo en Madrid. Hoy mismo he echado una carta para los amigos de Cádiz con la presentación que me pidieron para Rafael Alberti anunciándoles el envío de trabajos nuevos para la revista y ya no les dejaré mientras yo viva, repito....

Pilar vive con intensidad los acontecimientos literarios, se afana por difundir las obras de las autoras hispanoamericanas; cuando Dulce María Loynaz viene a España con motivo del V Centenario de los Reyes Católicos, las escritoras y poetas españolas organizan un acto en su honor y designan a Pilar para que le rinda un homenaje escrito, que la poetisa leyó en la recepción celebrada en el restaurante Lardhi. Su carrera se consolida en títulos como *Los buenos días*, de 1954, con el que obtiene el accésit del premio Adonais; de uno de sus poemas más significativos, “El reclinatorio”, Juan Ramón Jiménez comentaría en una de sus cartas “sí, he leído el reclinatorio que me revela una poesía plena, rica y delicadamente fuerte. Nada más fuerte que la delicadeza exacta...”

Lleva una actividad desenfadada, pronuncia conferencias de literatura española e Hispanoamericana en Italia, Marruecos, Túnez. Es invitada a participar en los encuentros culturales organizados por el círculo de intelectuales y escritores judíos de Tetuán. En 1956, obtiene el Premio Atzavara por el poemario *Ablativo amor*, y un año después publica *Del abreviado mar*, 1957, un homenaje a la poesía de Góngora. A su amiga Carmen Conde éste le parece un libro más intenso, lleno de sugestión, de oreo y de encanto. Tanto en los poemas de estrofa amplia.... Como en las canciones de su itinerario poético...”

Son libros que mantienen la fuerza e intensidad del primer poemario y en los que aparecen reflejados muchos de los presupuestos que se consideran propios de la poesía de la Generación del cincuenta. En ese mismo año, 1957, Pilar se casa en la capilla de San Felipe Neri, con Carlos Redondo y se quedan en Cádiz, ciudad de la que nunca se había desvinculado.

Ya está Pilar en Cádiz, muy cerquita de Hispanoamérica, al ladito, sólo hay que atravesar la mar Océano. “Comencé a vivir, dice Pilar, lo que había escogido tan alegre y libremente así que

estuve once años seguidos sin publicar ningún libro mientras criaba y cuidaba de mis cuatro hijos...

Ya somos más para nombrarte,/ mar nuestro, mar
de cada día./ Mis pies acerco hasta tu espuma/ y te
presento a la hija mía./ Crecerá rubia junto al sitio/
donde deliras y porfías,/ tendrá tu luz sobre sus ojos,/
paseará por tus orillas/ y la tendrás por compañera/
entre tus blandas compañías/ No temerá tus arrebatos,
/ sabrá de ti más que yo misma,/ y aprenderá a
decirte madre, cuando comprenda tu fatiga./ Mar
maternal, dulce mar nuestro,/ abandonada y siempre
viva./ Ya ves: yo vengo con mi fruto/ a que lo beses
y bendigas/ y a reclamar de tu sonido/ una constante
letanía/ con la que vele y adormezca/ este pedazo de
mi vida... /¡Como tú acunas en tus brazos/ a la salada
maravilla.

Pero la poeta no se agota en el matrimonio, muy al contrario resurge con fuerza iluminada por la luz gaditana. Colabora en revistas, imparte conferencias, interviene en programas del Circulo Literario La Rábida, en los Cursos de Verano, organizados por la Universidad de Cádiz y por la de Sevilla. Fue en ésta ciudad, en Sevilla, donde junto a Javier Lasarte, Matilde Donaire, Juan Antonio Carrillo Salcedo, Carlos Muñiz, difusores de la obra juanramoniana crean la revista *Papeles de la Alacena*. No abandona la creación literaria, *la soledad contigo*, 1960, finalista del premio ciudad de Sevilla, *Violencia inmóvil*, 1967, finalista del premio Punta Europa.

La poesía de Pilar, comenta Ana Sofía Pérez Bustamante, profesora de Literatura de la Universidad de Cádiz, conocedora de su obra, se imbrica en ese viaje de ida y vuelta de la lírica a los dos lados del Atlántico. En su conferencia *Poesía femenina de lo cotidiano* (1964), pone Pilar, como ejemplos de sensibilidad hacia las realidades de la vida más doméstica y sencilla, a César Vallejo y Pablo Neruda. De otro lado, otro poeta muy admirado por Pilar, y muy presente en su primera etapa, es Federico García Lorca. Lorca, Vallejo y Neruda son tres poetas telúricos, tan potentemente imaginativos como tiernamente cálidos, con los que dialoga la autora de *La alacena*.

A estos tres libros les sigue un periodo de unos quince años en los que declara haberse entregado a una búsqueda interior, así como a desarrollar tareas de carácter social en centros que agrupaban a mujeres proletarias, o atendiendo a los más desfavorecidos. *La Torre de Babel y otros asuntos*, 1982; *Textos Lapidarios*, 1990; *Philomena*, 1994 (finalista de XIII Premio de Poesía Mística); *Fernando Rielo* (finalista del Premio Andaluz de la Crítica); *Los niños interiores*, 2008, primer Premio Poesía Andaluza.

Van apareciendo otras muchas obras: *La Alacena*, en la colección jerezana Arenal, y *Opera Lecta*, en la colección Visor, Madrid, 2010; *Poesía femenina hispanoamericana y la búsqueda de identidades*, 1992; *Fernando Quiñones y José Luis Tejada en la época de Platero*, 2000, y *Sophía*, 2003, que recoge los versos dedicados a su marido, Carlos Redondo, tras su fallecimiento acontecido en 1997

Ahora te sé, pues te recuerdo. / -Saber es recordar según el griego-. / Ahora sé más de ti que cuando estabas. / Ahora puedo medir lo que me deshabras. / Ahora sé más de ti por lo que falta. / Te digo más, porque el silencio impera.

Su obra profunda y delicada pone de manifiesto una voz muy personal y, a la vez, muy enraizada en la tradición lírica andaluza y en las voces de San Juan de la Cruz, Juan Ramón Jiménez y los libros más líricos y sapienciales de la Biblia. Una obra, por otra parte, inmersa en el cauce de la lírica femenina de la segunda mitad del siglo XX, justo el momento en que la escritura de mujer empieza a afianzarse en un panorama difícil (ahí, la labor de Carmen Conde, Ángela Figuera, Concha Lagos o Gloria Fuertes, un grupo que es el que acoge a una jovencísima Pilar Paz en el Madrid de principios de los años 50).

La calidad de su obra, la exquisitez en el trato académico, el brillo de su formación humanista y el señorío de su personalidad siempre distinguieron a la Excelentísima Sra. D^a Pilar Paz Pasamar.

PILAR PAZ Y LA TORRE DE BABEL

POR AQUILINO DUQUE GIMENO

Desembarcar en Cádiz por vez primera en el verano de 1951 después de dos semanas de acuartelamiento en San Fernando, fue para mí una bendición del cielo; una entrada al paraíso cuyas puertas me abría la llave maestra de la poesía. No tardé en ponerles cara a los nombres de los poetas con los que me carteaba y cuyos versos leía en revistas mecanografiadas como *Alcaraván*, *El Parnaso* y *Platero*, que desde enero salía impresa gracias al mecenazgo del gobernador civil Carlos Rodríguez de Valcárcel y en cuyo primer número tuve la alegría de ver versos míos en letras de molde. De todo aquel grupo juvenil sólo una persona tenía ya un libro impreso: Pilar Paz Pasamar. El libro se titulaba *Mara* y había salido en abril de aquel mismo año de 1951 y ya conocía yo algunos de sus poemas aparecidos en los primeros números de la flamante y recién iniciada “segunda época”, ya impresa, de la revista. Al igual que a los demás “plateros” del núcleo fundacional, con excepción de Francisco Pleguezuelo, a quien me presentaron en el patio de Maese Rodrigo de la Universidad, ya era lector de ella antes de llegarla a conocer en persona y esto ocurrió un atardecer en el hotelito familiar del barrio de Puntales, donde pasaba el verano la familia. Puede decirse que todos los poetas jóvenes, y menos jóvenes, de muchas leguas a la

redonda, estaban enamorados de ella, aunque el que pasaba por su novio o pretendiente oficial era un joven poeta nicaragüense, Mario Cajina Vega, a quien Quiñones, haciendo juegos malabares con la botánica y la geografía, llamaba “el Melón Andino”. Estos escarceos discurrían bajo el ojo vigilante de doña Pilar y el sentido del humor de don Arturo, que llamaba a la pareja, ella tan morena y con una trenza gruesa como una estacha y él, indio lampiño, “el cartel del Domund”. Otro atractivo del chalecito de Puntales era su hermana Mercedes, que vista en traje de baño parecía escapada de la película *Escuela de sirenas*.

Mara no era un libro más y, lo que es más, no era un libro prematuro, por más que fuera primerizo. La autora acababa de cumplir los dieciocho años en febrero, y todos sus versos eran versos de una adolescencia en la que ella, con pulso firme, había trazado las coordenadas estilísticas de lo que serían su vida y su obra. A todos los coetáneos que la rodeábamos nos llevaba rotundamente la delantera. Sin ejercer de maestra, nos podía dar lecciones a todos, empezando por mí, que le llevaba dos años. *Mara* llevaba un prólogo revelador de Carmen Conde, que captaba al detalle los grandes significados del libro y, dado que Pilar había debido de leerle algunos de sus versos, empezaba por un elogio de su voz “arterial y oscura... corpulenta y heridora” “llegada desde las más remotas edades de la mujer”. Se titulaba el prólogo *Pilar Paz, en quien gravita Dios*, y en parecidos conceptos se expresaba nada menos que Juan Ramón Jiménez en la tercera tentativa de comunicarse con ella después de leer versos suyos en *Platero* y en *Caracola*. *Mara* era todo menos un “borrador silvestre” y su autora adolescente revelaba, y no sólo en las citas bíblicas, unas lecturas muy bien orientadas. Sus temas eran, por decirlo en dos palabras muy de aquellos tiempos, tan pronto telúricos como siderales. Pilar levantaba sus ojos y su voz a las estrellas, pero tenía los pies muy asentados en la tierra, es decir, buscaba en lo alto respuestas a grandes preguntas y a la vez recibía del suelo materno la fuerza y el fuego con que las hacía. Su religiosidad era profunda y a la vez turbulenta y uno de sus asuntos recurrentes es la maternidad, el instinto maternal. Otro entrañable compañero nuestro, José Luis Tejada, distinguía muy bien la poesía religiosa de la poesía devota, y la de Pilar tenía desde luego más de lo primero que de lo segundo. Ya en su primer poema siente el peso de Dios entre los brazos y sobre

su cuerpo, y ese peso es el de una inmensidad celeste que se refleja en la inmensidad del mar, de ese mar en el que se baña y del que ella saca tanta fuerza expresiva y vital como saca de la tierra que pisa. Otro rasgo importante es su buen oído, esencial en una buena versificación, y que yo vincularía a una niñez jerezana no muy distinta de la que en su día tuvieron Lorca y Alberti... o Villalón y Juan Ramón Jiménez, ese Juan Ramón que decía que él escribía como hablaba su madre. Quiero decir que las coplas populares, el flamenco o el romancero, explican que aquella niña tan precoz midiera tan bien los versos y expresara con tanta precisión sus pensamientos.

Yo estaría una vida hablando de este primer libro, de este punto de partida sobre cuyos laureles Pilar no se echó ciertamente a dormir. Pero el que no se echara a dormir no quiere decir que dejara de soñar y lo más admirable fue la inteligencia con que esos sueños encauzarían su destino de mujer. Nada expresa mejor el entusiasmo que suscitaba en la poetambre masculina que la rodeaba que las cartas que recibe del más grande de todos, de Juan Ramón Jiménez, quien, después de cerciorarse a través de Pemán de que Pilar Paz Pasamar no se trata de otra Georgina Hübner, le escribe a Málaga, a Cádiz, a Madrid y le dice cosas como ésta:

Este es mi tercer recado, ¿tan lejos está el reino de mi rebeldita?

Y cuando a la tercera va la vencida, le replica:

Le perdono su burla de llamarme ¡Dios! y le rozo con las yemas de los dedos, Luzbel enemiga, sus sienes rebeldes, palpitantes de misterio, de encanto y de intensidad. Porque usted habla por las sienes, lo más sentido del cuerpo y lo más duro del alma.

Y ya pasando al tuteo:

Estoy esperando que lleguen tus dos libros, Pilar. Sí, he leído «El reclinatorio» que me reveló una poesía plena, rica, y delicadamente fuerte. Nada más fuerte que la delicadeza exacta. Pilar de 20 años, un beso desde mis 71, un beso de mis 70 y más primaveras.

Juan Ramón

Zenobia te agradece tus recuerdos. Es la mujer ideal y sigue enferma todavía. Tiene que ir por 3 días al hospital. ¡Muy triste!

En las fechas más o menos de tenerse noticia de la concesión del Nobel, hubo una especie de peregrinación de poetas a Moguer con una visita a Fuentepiña a lomos de borricos y lectura en la casa natal del poeta, cuartel entonces de la Guardia Civil, en las que Pilar recitó una de las más estremecedoras “Baladas para niños sin corazón”, *La carbonerilla quemada*. Yo estaba en situación de arresto en el cuartel de Infantería de Marina de San Carlos y supe del acontecimiento por mi fiel corresponsal Fernando Quiñones. A Juan Ramón en cambio quien lo informó fue la propia Pilar, a la que contestaba lo siguiente:

Gracias, querida Pilar de 20 años por tanto regalo como me mandas en tu preciosa carta. Gracias por la encantadora canción para Antonia por todo lo que el artículo de la excursión a Moguer supone. Si yo no escribí a Platero de Cádiz en tanto tiempo no fue por desidia ni olvido. Desgraciadamente para mí mujer y para mí, nuestras enfermedades simultáneas fueron muy duras y muy penosas. Yo me quedé sin fuerzas, y no podía ni coger el lápiz (con el que escribo siempre). Ahora estaré ya siempre al lado de ustedes, y a tu lado, porque tú estás sola de tu grupo, en Madrid. Hoy mismo he echado una carta para los amigos de Cádiz, con la presentación que me pidieron para Rafael Alberti y anunciándoles el envío de trabajos nuevos para la revista. El primero, un prólogo que escribí para la edición española de París, y ya no les dejaré mientras viva, repito.

Otra menos inteligente que Pilar habría perdido la cabeza, pues nunca le faltaron en su entorno inmediato los admiradores jóvenes, fuera en reuniones poéticas o en aulas universitarias o en escenarios teatrales, ya que en Madrid se metió en el TEU y yo llegué a verla actuar en el Teatro San Fernando de Sevilla en *El gran cardenal*, adaptación de una obra de autor holandés por José María Pemán, que se reservó el papel del purpurado, junto con un plantel de gaditanos ilustres como Carmen Martel Viniegra,

Benito Cuesta o el marqués de Arellano. Y es que aquel primer libro tan sólido le imprimió carácter, por decirlo con palabras sacramentales, y con una serena regularidad siguió el camino emprendido hasta el punto de conseguir un *accesit* del premio *Adonais* con un segundo libro en la misma convocatoria en que el premio fue nada menos que para su compañero de curso Claudio Rodríguez. En este libro, titulado *Los buenos días*, no dejó Pilar de responder a los retos de los tiempos, que eran los de la “poesía social”, pero lo hizo a su manera, sin perder los papeles, en poemas como *El juez*, más que alegato, alusión por elevación contra la pena capital, o sonetos impecables como *El reclinatorio*, reproche severo de la devoción comodona.

El gran afán poético y vital de Pilar Paz es la busca de lo divino en su vida y en su obra. Su tercer libro, *Del abreviado mar*, coincide con su casamiento, un casamiento que entraña una doble decisión, la de dejar la Corte por el cortijo y elegir un marido que le sirviera de contrapeso y complemento. El cambio de estado no supuso en ella un cambio de ruta, sino que la reforzó con uno de aquellos “firmes especiales” con que su paisano don Miguel Primo de Rivera trazó la primera red de carreteras de España. Este “firme especial” se llamaba Carlos Redondo y era, dicho con palabras del otro don Miguel, Unamuno, “nada menos que todo un hombre”. “Eres hombre cabal hasta en el sueño”, dice ella de él en un gran poema, y los que lo conocimos podemos dar fe de que no exageraba. El y el mar fueron las dos fuerzas que la decidieron a asentar en Cádiz su centro de gravedad. La última vez que coincidimos fue cuando paramos para almorzar en Utrera al regreso de un congreso poético en Córdoba. Ellos volvían a Jerez y yo a Sevilla. Eran tiempos revueltos, por no decir revolucionarios, y ella no estaba muy conforme conmigo cuando apliqué a aquellos tres días cordobeses el remoquete, inspirado en el marqués de Sade, de “las tres jornadas de Sodoma”. En esas jornadas me llamó la atención el contraste entre el feminismo agresivo de las jóvenes poetisas, mejor dicho, poetas del género femenino, y el buen estilo y la elegancia señorial de dos autoras de mi época, a saber, la malagueña María Victoria Atencia y la jerezana Pilar Paz. No quiero decir con esto que Pilar se cerrara o se evadiera a las tendencias de su tiempo. En cierta

ocasión en que tenía yo que leer versos en Cádiz, le pedí que me presentara ella y me contestó que esa misma fecha la tenía ya comprometida para un encuentro con feministas. Lo que quiero decir es que su estilo de vida, su condición de esposa, de madre, de ama de casa, lo telúrico de sus raíces, lo angélico de sus alas, su unamunesca “sed de eternidad”, no dejaron nunca de dignificar sus concesiones, sus aperturas, a los afanes y los desmanes de una realidad con trazas de Torre de Babel.

Precisamente se llama *La Torre de Babel y otros asuntos* un libro aparecido en 1982 en el que incluye un soneto, titulado *En defensa propia*, donde con claridad meridiana explica su postura y que dedica *A una amiga que me reprocha no dedicarme por entero a escribir versos*.

Tú creces, mientras yo me multiplico.
tú hacia arriba, señora, alta, importante,
contemplativa, tan de mí distante
que a pequeños quehaceres me dedico.

Tú, de versos sublimes mil, y rico
tu mundo, yo los hijos por delante.
Tú luna en plenitud, y yo menguante
ala inclinada sobre mucho pico.

Ciprés engalanado y solitario,
llama inflamada en el fervor diario...
¡Nadie estorbe tu lámpara encendida!

Mientras, acompañada me disperso:
el hijo, el hombre, el hombro, el verso...
¡Mas no cambio tu vida por mi vida!